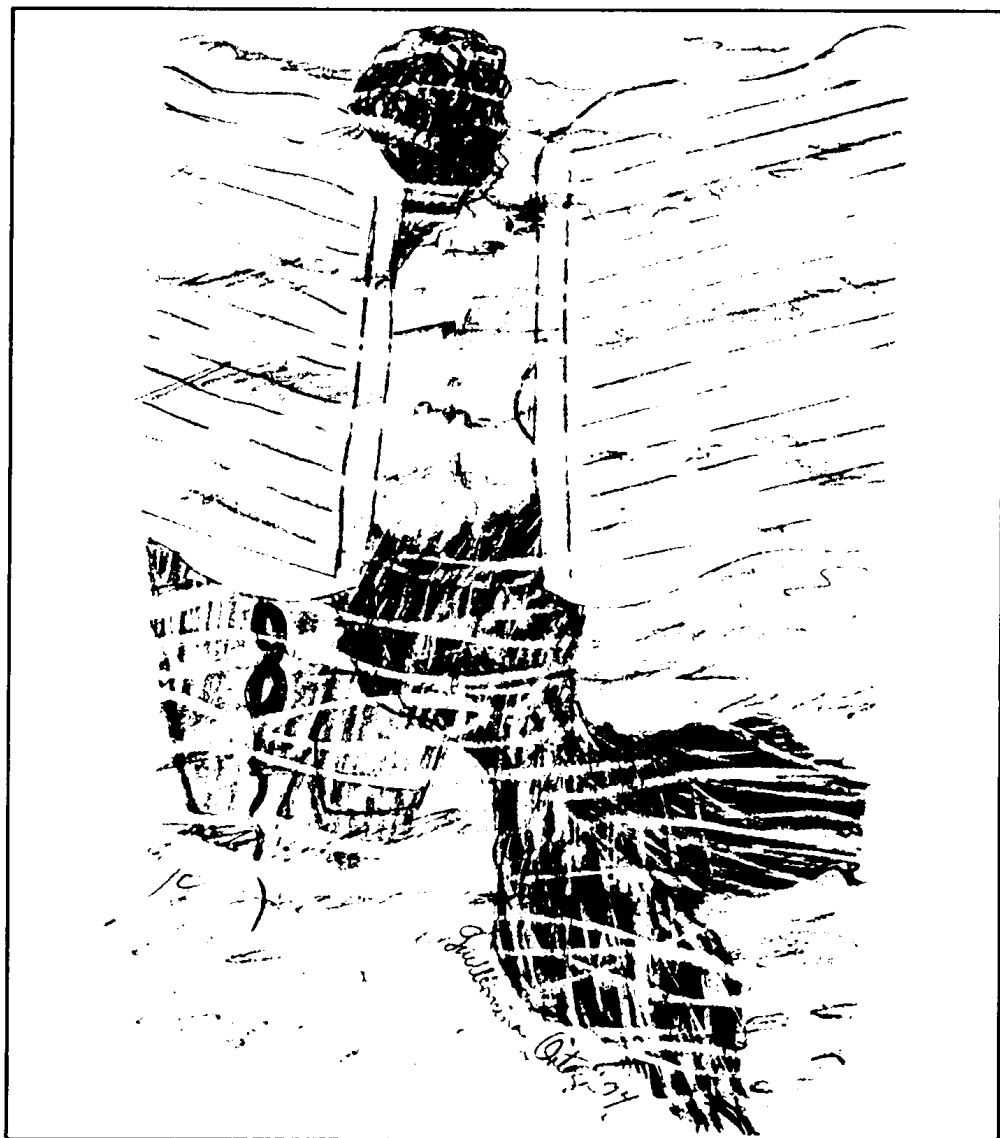


LA SIRENA AZUL

Antonio Argudín



REPARTO

Aurora	Olivia Ramos
Marinero ausente	Juan Carlos López
Selene	Marta Apan
Glafira	Selene Ariza
Hortensia	Alejandra Acosta
Salomé	Angeles Ojeda
Yadira	Gloria Vázquez
Cantor	Carlos Vigil
Marinero 1	Moisés Viveros
Marinero 2	Carlos Moya
Marinero 3	Marcelino Rodríguez
Marinero 4	Saúl Domínguez
Diputado	Luis Torres
Vestida	Marcelino Rodríguez
Odalisca	Carlos Moya
Diablo	Moisés Viveros
Payaso	Angeles Ojeda
El Joven	Moisés Viveros

Asistentes de Dirección:
Selene Ariza y Daniel Domínguez

Asistente de Producción: **Marta Moya**
Escenografía: **César Macías**
Vestuario: **Antonio Argudín**
Realización: **Yoya Sánchez**

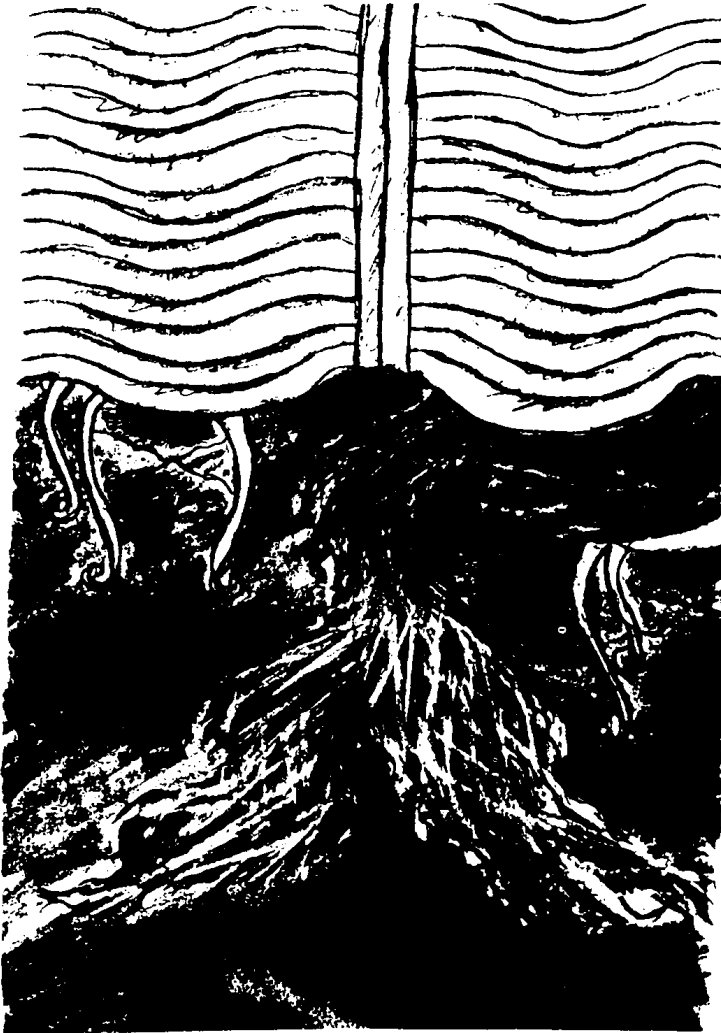
Dirección:
Antonio Argudín

Estreno: Viernes 25 de febrero de 1994.
Teatro: Fernando Gutiérrez Barrios
Boca del Río, Veracruz.
Fotos: Sergio Lara

La sirena azul

... La amalgama de elementos ofrece un golpe de vista que se promete usual, casi como melodrama mexicano de rumberas... Eso es la trama. El tratamiento la eleva de manera muy notable, le confiere una ráfaga de aire auténtico y llega de puntitas un elemento de "La Odisea" a instalarse como punto central. La vena de poeta del autor nos da una farsa muy artística, muy bien sentida, interesante, amena y con un desenlace que sería demasiado satisfactorio si no tuviera una punzada de congoja por el Ulises sin retorno.

Emilio Carballido.



ESCENOGRAFIA

Interior de la cantina "La Sirena Azul". Tonos azulados, submarinos. El local está construido en un antiguo edificio colonial de muros anchos, y consta de dos plantas: la baja sirve de cantina y la superior, un tapanco, es la habitación de Selene. Las arcadas de altas columnas toscanas que delimitan el patio antiguamente, han sido seccionadas por el entarimado que se apoya más arriba de la mitad de los fustes. Este cuartucho, que abarca todo el ancho del decorado, una cama revuelta, un buró Art decò, una lámpara de chaquiras, un armario de lunas donde la vieja guarda su gárrula vestimenta. Al fondo izquierdo, puerta que da al baño. En la pared derecha del tapanco, una claraboya sucia.

Abajo, en primer término derecha, portón de dos hojas (solo una está abierta) que da a la calle. Luego, la escalera de mampostería, construida aproximadamente en 1925, que da al tapanco. Abajo de éste, cargada a la izquierda, la barra. Entre ésta y el lateral derecho, una mesa con sillas. Al fondo, estantes con botellas, vitrioleros con encurtidos y con el licor de nanche y naranja. Mandíbulas de tiburón, un pez globo, grandes caracoles de color de rosa, redes, decoran el lugar, así como un viejo cartel con una mujer en traje de baño. También el de un hombre semidesnudo. Algunas mesas son de madera pintada, así como varias sillas. Otras de metal pero hay muchas diferencias: fueron puestas al buen arbi-

trio de Selene sin pretender ninguna unidad. No hay rocola. En el fondo, a mano derecha y casi junto al lateral, una abertura con un letrero pintado en el dintel que dice SANITARIOS. No los vemos, pues quedan al final de un pasillo, tal vez a cielo abierto. A mano izquierda y casi pegada a la barra, una puerta da al dormitorio de Aurora. Deberá contrastar con el resto del lugar: muy pulida y pintada recientemente con esmalte. Tiene perilla de metal dorado muy brillante. Alguien, quizás la misma Aurora, colgó de la puerta un cuadro cursi con un ángel. Cuando se entreabre la puerta, alcanzamos a distinguir una cama con colcha tejida -por Glafira, quizás- en hilo blanco que destaca sobre un fondo rosa, que sobresale un tanto en los faldones de holanes. Hay muchos muñecos de peluches. Es Carnaval y hay Norte, con llovizna fina y constante.

El interior de la sirena azul. Son las seis de la tarde. Penumbra, algo de luz se cuela por las grietas del portón, cerrado a estas horas. Se oye silbar el Norte, se oye el tumbo tempestuoso del mar.

Aurora, en fondo, envuelta en una sábana, arrastrando una almohada de niña, se sienta en una de las mesas del bar. Saca del seno una carta y mira furivamente la escalera. Escucha, luego lee.

Adorada Aurora,

Jamás podrías creer lo que ven tus ojos en Hong-Kong: los cerros tan empinados, los edificios tan altos, el agua

por todas partes y por todas partes tantísima gente que un se pregunta cómo le hacen para caber en tan poco espacio. Desde cubierta, donde te escribo bien abrigado pues las madrugadas son frescas alcanzo a ver cientos o miles de sampanes donde la multitud miserable come, duerme y se reproduce con la misma naturalidad que las pestes. Huele comida, oigo gritos, murmullos, gemidos -¿amor, odio?- no lo sé... Y ante mi se abre la cala magnífica de Victoria Bay que reluce con la iluminación fantástica de los rascacielos, acantilados de cristal y luz.

¡Y tú y yo tan lejos! Tú en el puerto incomparable y yo acá, rodeado de estos signos chinos que ni un telépata podría descifrar, rodeado con la soledad que cada marinero trae por dentro.

Te extraño, te extraño, me haces falta. Me encantaría pasear contigo por la costa, treparnos a uno de esos barquichuelos de por acá, de cuerdas y carrizos y recorrer las islas... Te dejo, amor. Voy a dormir. Un barco negro acaba de pasar a estribor nuestro. Su nombre, iluminado de pronto por algún faro, es Ocean Side.

Extraño nombre para un navio... Algo me recuerda pero no sé qué... Se me cierran los ojos.

Hasta pronto, amor. Una vez más, soñaré contigo.

(Vuelve a oírse el ruido de las olas. De pronto irrumpe un despertador.)

(Se ilumina tenuemente la recámara. Selene manotea, apaga todavía dormida el despertador. Enciende su lámpa-

ra. Se incorpora. Aurora corre al interior paraocular la carta.)

SELENE: Es de la chingada despertar a campanazos. Pero pues sólo así... Y justo cuando soñaba tan bonito. Ya ni sé bien qué... Algo como... Muchos dulces... Sí. Una mesa muy bien puesta, con manjares exquisitos y buena vajilla, buena cristalería y yo podía hartarme de todo y ni quien me dijera nada. Y en un jardín muy lozano y con muchas flores que nunca he visto... Y todo para despertar en este tugurio espantoso y con esta cabeza que parece que se me va a partir en dos. ¡Ay, qué cruda tan perra! *(pausa)* ¡Aurora! Esa chamaca nunca tiene atenciones con su pobre madre. Siempre he de decirle qué hacer porque a ella nunca se le ocurre tener un buen gesto con esta pobre vieja enferma. ¡Aurora! ¡Ven ahorita mismo! *(Entra Aurora)* vaya, al fin apareces. ¿Dónde andabas? No mas quiero que le sigas escribiendo a ese marinero entelerido porque me vas a conocer... Tráeme un tehuacán con limón y sal y dos aspirinas. Y me lo traes pronto, que no tengo tu tiempo. *(Aurora se dispone a salir)* No, no te vayas. Ven. Siéntate. No soy un monstro aunque seguro que ahorita, cruda y desarreglada, lo parezco. Entiéndeme hijita. Aurora, quiero para ti lo mejor. Te he dado lo mejor. Y no quiero que te vaya mal como a mí.

AURORA: No empecemos otra vez.

SELENE: Sí. Aunque a disco rayado, mi deber es impedir que repitas mis pasos. Mírate en mí, yo también amé a tu padre, lo seguí dejando todo atrás y mírame dónde estoy: en una cantinucha que no se atreve a decir su nombre verdadero de burdel, que eso es lo que es y nada más que eso. Yo no quiero que te enamores de un pelafustán como tu padre, porque el amor no es más que la calentura de un momento y lo único que dura, si eres lista es el dinero ¿entiendes, tesoro? Dinero, Money, Geld, Argent, Plata, chula, Plata en cristiano. No, no te vayas. Quiero que me entiendas. Enamórate si quieres, al fin que para eso eres joven: para tener sueños e ilusiones, pero enamórate de quien pueda responderte no de un marinero que ni siquiera está aquí, junto a ti, para acariciarte.

AURORA: Va a regresar

SELENE: Eso dicen siempre: siempre van a regresar, siempre van a dejar de beber, siempre van a amarte hasta la muerte, siempre van a dejar la mar para vivir con los pies en la tierra. Tu padre me hizo desconfiar de esos siempre.

AURORA: El no es mi papá

SELENE: No. Es peor. Porque te alimenta de sueños y de fantasías y el amor es del diario, como una mesa con comida y una cama.

AURORA: No he de cambiar y lo sabes. No tiene caso discutir.

SELENE: Tienes razón, desgraciada ingrata. No tiene caso desperdiciar

sabiduría en tus orejas imbéciles. Largate.

Entra Glafira muy emperifollada

GLAFIRA: ¿Ya están peleando otra vez?

AURORA: Ya conoces a mi madre, Glafira. A ver si tú la haces entrar en razón.

(Sale)

SELENE: Esta chamaca me va a sacar canas de colores

GLAFIRA: ¡Ay, Selene! Así se las sacamos tú y yo a nuestros padres.

SELENE: Tú desgraciada, que desde niña ya dabas color de donde ibas a terminar.

GLAFIRA: Tú en cambio diste color cuando ya estás tan vieja que que se te olvida que hay que abrir este antro, cariño, para el bisnes. Pero no, ahí estás borracha y jodida...

SELENE: ¡Qué mas quisiera!

GLAFIRA: Así nunca vas a salir de pobre. Anda chula, lávate la cara, pintate bonita, ponte algo elegante, no esos fondos de gata que tú llamas trajes de noche y recuerda que es carnaval. ¡Vamos abajo a darle un poco de alegría a este pinche mundo!

SELENE: Tienes razón. No sé qué haría sin ti. *(pausa)* Oye, Glafira. Aurora se sigue escribiendo con el marinero. Necesito averiguar donde recibe sus cartas, porque aquí no llegan. Ya sabes que intercepté va-

rias. Pero sigue con eso, yo lo sé. Averigüalo y donde alguna de las muchachas la ande alcahueteando me van a conocer.

GLAFIRA: Descuida. Hoy mismo me entero.

Selene entra al baño a arreglarse. Glafira baja a encender la luz y arregla las mesas. Entran las tres putas que se topan con Aurora que sale corriendo para que no la vean llorar. Las tres muchachas tienen características diferentes: La cachonda, Salomé. La trágica. Yadira y la hogareña, Hortensia. Yadira trae vestido brillante y morado, mientras las otras mas o menos decorosamente de negro.

TODAS: ¡Ya llegamos, Doña Selene!

GLAFIRA: Selene no está. Ahorita viene.

HORTENSIA: Glafira, qué gusto.

GLAFIRA: ¡Ay qué feas! vienen de negro, como zopilotas.

YADIRA: Yo no, no tengo ropa de luto.

HORTENSIA: Pero pudiste ponerte algo más discreto.

SALOME: Pues yo sí vengo de luto, pero no estoy fea.

HORTENSIA: Yo tampoco, pero me veo distinguida. no que ésta parece camote...

De ahora en adelante me voy a vestir de negro.

GLAFIRA: Y nadie se te va a cercar. Es de mala suerte.

HORTENSIA: ¿Qué le pasa a Aurora? Estaba llorando

GLAFIRA: No te fijes. Cosas de mujeres.

SALOME: Pues yo no lloré. A mí me dio gusto.

HORTENSIA: No es eso, tonta. Aurora todavía no.

SALOME: Pues no sé qué espera.

GLAFIRA: Un príncipe azul

YADIRA: Venimos del entierro de Carmela.

GLAFIRA: Ay, yo ni quise ir. Es de mala suerte andar de mitotera en velorios, entierros y novenarios.

SALOME: Peor suerte es que una se muera y ni siquiera se acuerden de una

HORTENSIA: Nosotras no somos así. Siempre fuimos muy amigas de Carmelita.

YADIRA: Y ella cómo sufrió. Siempre por los hombres. Le pegaban, le quitaban el dinero...

SALOME: Por tonta. A los hombres se les quita lo que se puede y luego, a la basura.

HORTENSIA: Fue muy buena amiga. Muy sencilla, no como otras.

SALOME: ¿Y doña Selene?

GLAFIRA: Se está arreglando.

SALOME: Y eso lleva mucho tiempo. Vamos muchachas, a tomar algo, para brindar por la Carmela.

HORTENSIA: Sí, después de la impresión necesito un traguito.

YADIRA: Yo otro. Me impresionaron los alaridos de sus hermanas.

HORTENSIA: ¿Vieron como la madre se revolcaba sobre la fosa?

YADIRA: Ha de ser terrible perder a una hija.

SALOME: Pues a mí casi me contagian y ya hasta me andaba imaginando como sería mi muerte.

YADIRA: Pero lo peor fueron los golpes sordos de esas paletadas de tierra cayendo sobre la caja.

SALOME: *(Llorando)* ¡Pobre Carmela!
¡Tan buena que era!

GLAFIRA: Váyanse a tomar sus tragos antes de que atraigan la mala suerte con sus pláticas morbosas. No más no se vayan a emborrachar y a terminar como una jauría de lobas aullándole a la luna.

SALOME: ¡Ay, usted y su mala suerte!

GLAFIRA: Pues sí. Hoy es Carnaval y miren, ni un solo cliente.

HORTENSIA: Ay, Glafirita, qué carnaval quiere usted con este Norte del demonio.

YADIRA: ¡Y con este chipi chipi que no para!

SALOME: ¡Viera usted las capas de confeti mojado por principal!

GLAFIRA: ¡Qué norte que lluvia ni que nada! Es la mala suerte. Los hombres son como la vaca pinta: de que quieren trago y mujeres se salen a la calle haga el tiempo que haga y no paran hasta que consiguen.

HORTENSIA: Eso sí. Vamos niñas, por los tragos.

YADIRA: Vamos, pues.

SALOME: Sí, vamos. *(Se acercan a la barra. Glafira las alcanza)*

Del fondo sale Aurora y termina por desplomarse en la primera mesa derecha, entra el cantor. Va a dirigirse a la barra pero se detiene ante la mesa de la joven.

CANTOR: ¿Otra vez rumiando tus penas?

AURORA: Así es, cantor. Cantor, *(sentándose)* Si fueras como las demás -como las demás de este lugar, es decir- Te recomendaría que te pusieras una buena peda.

AURORA: *(Sonriendo a penas)*. A veces, me gustaría, te lo juro. Pero eso ya lo conozco bien. Toman, se emborrachan y sus penas se vuelven mayores. Y nada cambia. Ahí tienes a Salomé, siempre se siente la mejor, la más bonita y ya embriagada es peor; nunca se da cuenta que de nada le vale; siempre anda de hombre en hombre sin llenar su soledad. Hortensia es igual: le encantaría ser la esposa de cualquiera para cocinar y lavarle la ropa y ser una señora de su casa y cuando se emborracha hasta se le olvida su profesión. Cualquiera diría que es una monja llena de virtudes... Nunca se casará con nadie.

CANTOR: ¿Estás segura?

AURORA: O si se casa, será con un hombre que la explote.

CANTOR: ¿Cómo puedes ser tan joven y saber tantas barbaridades?

AURORA: No olvides quién es mi madre y dónde he crecido.

CANTOR: ¿Y no me dices nada de Yadira?

AURORA: Yadira se escapó de una película de esas que empiezan mal y acaban peor. Siempre le pasan desastres y ella espera con especial deleite las futuras catastrofes que sin duda habrán de acontecerle. Y cuando se emborracha sufre no solo por ella misma si no por la humanidad entera.

CANTOR: Pues yo te haré el retrato de una joven llamada Aurora que no es puta pero vive entre ellas, no toma ni una gota pero tiene que lidiar con borrachos y lavar ocasionalmente sus vómitos, que estudio en los mejores colegios que su madre le pudo pagar...

AURORA: Lo cual no quiere decir que fueran realmente buenos.

CANTOR: Y que sobre todo es bonita, honrada y romántica sin remedio.

AURORA: (*Riendo*) Oigamos tu cuento.

CANTOR: Para qué ese lo sabes demasiado bien.

AURORA: Es verdad. Lo malo de este lugar y de esta gente es que me los sé ya al dedillo. No hay sorpresas, no hay descubrimientos... Todo se repite y es igual, igual, sin cambios... Sabes, para mí el infierno no es ese decorado de llamas y calderas y diablos con trinche que nos cuentan cuando somos niños. Para mí el infierno es esto; un lugar del que no puede escaparse y que ni siquiera tiene la honradez de una cuchillada en plena cara. Es esto taimado, pequeño, tonto que ya me sé.

CANTOR: Y por eso quieres salir.

AURORA: Salir, pero en serio. No para encontrarme en una situación igual, o peor.

CANTOR: Ay, niña. Hoy tienes el pensamiento lleno de negrura, como faro con nubarrones. Te voy a contar algo para que pienses en otras cosas y quién sabe, a lo mejor te cambian los sueños...

AURORA: ¡Salomé! ¡Hortensia! ¡Yadira! Vengan que el cantor va a contar un cuento Selene al oír esto, sale del baño, baja poco a poco la escalera, se acerca a la barra toma una botella y toma un largo trago se acerca al grupo, sin que nadie le advierta.

SALOME: ¡Sí, sí! Queremos oír un cuento.

HORTENSIA: Pero que tenga final feliz.

CANTOR: Pero no vayan a interrumpir como luego acostumbran.

YADIRA: Ay, qué delicado.

SALOME: Me consta que no. Más bien rudo, ¿verdad cantorcito?

CANTOR: Lo que tú mandes mi reyna.

AURORA: Pero siéntense y guarden silencio. Y tú Glafira, ¿No vienes?

GLAFIRA: Desde acá oigo. Alguien debe quedarse en la barra.

HORTENSIA: Empieza ya.

CANTOR: Este era un hombre, llamado Ulises, que andaba navegando por los siete mares tratando de regresar a su hogar. Una vez llegó a una isla sombría y la reina de ese lugar, Circe, La Hechicera le dijo: Atiende bien Ulises el destino que te aguarda a tí y a tus compañeros: cuando zarpes de aquí y dirijas tu nave hacia el océano pasarás por la isla de las sirenas, de cuerpo exquisito de mujer y cola de pescado. Son famosas en el mundo entero por la dulzura de sus cantos con los que atraen a los hombres a un fin ineludible. Los marineros que las oyen se olvidan del timón y perecen en las

rocas crueles que defienden esa isla como hileras de dientes. En esas peñas, las sirenas ponen a secar sus largas cabelleras al sol y al viento, tendidas sobre los restos de los naufragios entre los que relucen las blanquísimas osamentas de los ahogados. Cuida pues de tapar con cera los oídos de tus compañeros para que no escuchen esa música pero tú que presumes de sabio podrás escucharlas si tomas la precaución de amarrarte al mástil con fuertes cuerdas y de advertir a tus hombres que por más que ruegues y supliques no habrán de soltarte.

Esto escuchó el sabio Ulises y partió a bordo de su nave. Ya en alta mar, partió un pan de cera con su filoso cuchillo y amasando los pedazos con sus manos los colocó en los oídos de sus compañeros. Luego se dejó amarrar al mástil en espera del canto célebre de esos seres fantásticos. Y así fue pues, en cuanto los hermosos monstruos apercibieron el buque, dejaron oír su voz: Salve, Ulises, sabio entre los hombres. Detén el surco de tu rauda nave y ven a deleitarte en nuestros cantos. El hombre que los escucha y en ellos se complace no conoce ya la vejez, la enfermedad ni la muerte pues nuestras voces solo entonaron el canto del amor y de la suprema felicidad. Ven pues Ulises, y deleítate en nosotras. Pero las cuerdas eran fuertes y aunque Ulises rogó y suplicó sus compañeros no lo escucharon, como tampoco, infelices, pu-

dieron escuchar la voz de las sirenas de enojadas colas. Triste y abatido, Ulises pasó de largo. Luego lo soltaron, una vez pasado el peligro y recuperó la cordura...

SALOME: ¡Hombre cobarde! Le tuvo miedo a las mujeres.

CANTOR: Mujeres no, sirenas.

HORTENSIA: Pero sí tuvo miedo. A lo mejor con ellas descubría la felicidad.

CANTOR: ¡Devoraban a los hombres, dejaban los puros huesos!

SALOME: Pero los mataban de placer.

YADIRA: Y si eran devoradoras sería por algo. Quién sabe que tipo de vida llevaron desde niñas. Creo que las juzgas mal. Hay que comprender.

SALOME: Ese Ulises no tiene perdón. Escucha el canto de las sirenas, le fascina y sin embargo no lo sigue. No entiendo.

AURORA: Yo no lo que no entiendo es qué atractivo pudo ver en esos seres mitad mujer mitad animal. ¿Qué no había mujeres normales a las que pudiera aspirar? ¿No tenía novia, esposa o alguien, común y corriente? Qué afán de andar dando tumbos en una cáscara de nuez oyendo los aullidos de esos seres anormales.

HORTENSIA: Anormales tampoco.

SALOME: Fascinantes, que no es lo mismo.

YADIRA: Y muy intensas.

AURORA: ¿Qué no tenía Patria, Casa, una mujer?

CANTOR: Sí tenía pero es una larga historia. Su mujer lo esperó 10 lar-

gos años... Y cuando se encontraron, no lo reconoció.

AURORA: Son odiosas tus historias.

YADIRA: Sí, odiosas. Tú, como hombre que eres, le das la razón al tal Ulises.

HORTENSIA: Sin pensar en ellas que querían darle un poquito de felicidad.

YADIRA: Qué dura vida es ésta.

SALOME: Sí, pobres sirenas. Derrochando encanto para que una bola de pendejos se tapen los oídos.

YADIRA: Y para que el pendejo mayor, que trae la oreja destapada, se amarre al mástil y no pueda nada de nada.

HORTENSIA: Así son.

YADIRA: Pinches hombres.

(Aurora se levanta y hace intento de ir a su cuarto pero Selene la detiene)

SELENE: Ya oíste, así que deja de hacerte pendeja. Y no quiero volverte a ver con sus cartas en la mano. Te juro que ya me cansé de buscarlas por todos lados. Quién sabe dónde las escondes pero yo te veo con una y te la quemo.

AURORA: ¡Mamá, ya estuviste tomando!

SELENE: *(Abofeteándola)* ¡Y a ti qué, desgraciada! Tomo con mi dinero y a ti no te pido fiado.

(Aurora corre a refugiarse con Glafira)

GLAFIRA: No juzgues a tu madre. Tú también tomarías si hubieras padecido lo que ella.

AURORA: ¡Es una borracha!

SELENE: *(Avalanzándosele)* ¿Qué dijiste?

HORTENSIA: *(Deteniéndola)* ¡Cálmese, señor. Cálmese. Usted también fue joven.

AURORA: ¡Y lo peor es que quiere que me venda!

GLAFIRA: Quiere que tengas lo que ella no tuvo.

SELENE: Y ustedes, pónganse a chambear. Por andar de madreardientes en el velorio de esa golfa ya me trajeron la sal: ¡Ni un cliente! ¡Esto no parece carnaval, parece día de muertos! Andenle *(las empuja)* ¡Salgan a la puerta! ¡Que las vean, que entren a consumir! ¡Andenle, pero ya!

(Selene empuja sillas manifestando su mal humor. Las chicas salen al portón. Aurora sigue abrazada a Glafira. Selene va por una botella y bebe de ella directamente desafiando a su hija. La escena se congela. Entra el marinero mientras lee en voz alta)

MARINERO: Aurora adorada detesto pensar en la vida que llevas, en el ambiente que por fuerzas debes respirar. Cómo desearía que estuvieras conmigo conociendo otros modos, viendo cosas que jamás sospechaste que existían. Dejamos atrás Singapur, Colombo, Bombay y ahora acabamos de atracar en Adén, después de navegar por un mar quieto y caliente como un caldo. Desde una mezquita horrosa -para nada como

las que ves en las películas sino un galerón de cemento cuarteado con la pintura descolorida y desechada- llegan los gorgoros extraños del almuecín llamando a la plegaria. Son los sonidos más extraños que he escuchado, notas que parecen despertar en mí una nostalgia de... ¿eternidad?

Odio tener que decírtelo pero tu madre es la peor influencia de tu vida. Ella solo te puede enseñar el camino de la depravación y el vicio. Temo que tarde o temprano logre sacar partido de tu juventud y de tu belleza. Y yo te ofrezco tan poco... No un hogar ni una compañía pero sí una ilusión, un ensueño, puro y delicado que florecerá cuando volvamos a estar juntos. Entonces te arrancaré de ese lugar y serás mía.

(Sale el marinerio se vuelve a animar la escena)

YADIRA: Qué bueno que yo no conocí a mi madre: si llevo a tener una como Doña Selene, me muero.

SALOME: Es la edad. Y la falta de hombre.

HORTENSIA: ¡Pobrecita Aurora! ¡Que harpía le fue a tocar!

SALOME: Pues lo que es a nosotras no nos va a tocar nada: ni un hombre...

YADIRA: ¿A dónde se irán? *(pausa)* han de andar bailando en algún salón...

HORTENSIA: Sh, niñas, que ahí vienen unos.

SALOME: Y no están nada mal.

YADIRA: Yo no les decía que no.

HORTENSIA: ¡Muchachos! ¡Hey, muchachos!

YADIRA: ¡Los vas a espantar!

SALOME: ¿Estas loca? Con estos forros de viejas cualquiera se deja venir.

HORTENSIA: Ahí vienen, manas. Ahí vienen.

Aparecen 4 marinerios. Uno es guapo. Otro está bastante tomado.

MARINERO 2: ¡Miren lo que me encontré!

MARINERO 3: Yo las vi primero.

MARINERO 2: Pero las tres son para mí.

MARINERO 1: Hasta crees, pendejo.

MARINERO 2: La güera es mía.

SALOME: Ya muchachos no se peleen que para todos hay.

HORTENSIA: ¿Por qué tanta prisa si tenemos toda la noche?

MARINERO 1: Tendras tú, por vaga.

MARINERO 2: Ya estás borracho.

MARINERO 3: Ya le salió lo cumplido.

SALOME *(al marinerio 1)* Pues si eres cumplidor, vente con nosotras...

HORTENSIA: Sí. Y disparanos unas cervecitas, que tenemos sed.

MARINERO 2: Yo te disparo lo que tu quieras, muñeca.

YADIRA: Ay, éste si habla bonito. A ver si luego no nos dice otras cosas...

HORTENSIA: Tú siempre tan pesimista.

(Van entrando mientras el 2 y el 3

tratan de apañarlas. Ellas, muy complacidas, los rechazan suavemente.)

MARINERO 2: ¡Cervezas para todos!

GLAFIRA: (*Muy profesional*): Usted disculpe joven ¿claras o negras?

SALOME: (*Mirando al marinero 1 a los ojos*): Yo negra. Me gustan las negras.

MARINERO 1: (*Con intención*): Yo también. Las güeras no me gustan. Como que no saben.

MARINERO 2: Dos negras y tres claras.

GLAFIRA: Y su amigo ¿no bebe?

MARINERO 3: ¡Ya está pedo!

MARINERO 2: Pero no hay que ser. Otra clara.

SELENE: (*Que no le ha quitado la vista al marinero 1, a Aurora*): Ahora vas a ver a tu madre en acción. Te voy a enseñar cómo se conquista a un hombre para que te dejes de cartitas y de pendejadas.

(Se retoca mientras ellos beben y rien.)

SELENE: ¿Qué tal, muchachos? ¿La están pasando bien? A mí me gusta que los clientes queden satisfechos. (*Al marinero 1*) Tú tienes cara de exigente, pero te aseguro que estas muchachas saben hacer las cosas bien y si ellas no pueden, aquí estoy yo que tengo mucha experiencia...

MARINERO 1: (*Grosero*): Se nota.

SELENE: (*Impertérrita*): Claro. Me la gané a pulso.

MARINERO 3: (*Sincero*) Se ve que de

joven ha de haber roto muchos corazones.

HORTENSIA: (*Buena gente*) Y vieras que todavía.

SELENE: Todavía. A éste, lo dejaría jadeando y hablando con las paredes.

MERINERO 1: ¿A poco?

SELENE: Claro que sí. Ven para acá. Te voy a enseñar cómo.

(Se le acerca, lo acaricia. El se queda inmóvil sin saber qué hacer.)

MARINERO 2: Suerte que tiene éste para que se le lancen.

MARINERO 3: Ni modo, es carita.

(Selene lo besa golosa. Finalmente se retira y él se limpia la boca.)

MARINERO 1: ¡Me das asco, vieja puta!

(Simultáneamente)

HORTENSIA: ¡Ay!

SALOME: ¡Qué poca madre!

YADIRA: ¿Por qué dices esos?

MERINERO 2: No le faltes el respeto a la señora.

MARINERO 3: Agradece cabrón que alguien te besa. Si supieran...

MARINERO 2: ¡Cállate! No empeores las cosas.

(Selene se ha apartado, herida. Aurora la abraza, retirándola pero la vieja se recobra enfrentándose al marinero que está mudo de rabia.)

SELENE: ¿Qué dijiste?

MARINERO 1: *(Escupiendo al suelo)*

Que eres puta y vieja. La abuela de las Poquianchis.

SELENE: Puta tu madre, vieja tu abuela, pinche padrotito creído. A ver si no te marco la cara para que te veas más bonito.

(Selene se le fue encima, lo araña, lo abofetea. El trata de responder pero Salomé le avienta su cerveza a la cara y sus compañeros lo detienen.)

LOS MARINEROS:

- No te la prolongues, Betancourt.
- No tienes madre.
- Me cae que no vuelvo a tomar contigo.

SALOME: Sáquenlo de aquí. Pero ya.

GLAFIRA: ¡Voy a llamar a la Julia!

(Aurora corre a refugiarse con el cantor)

AURORA: ¡Sácame de aquí! ¡No quiero seguir aquí! ¡No puedo seguir aquí!

(El cantor la abraza y acaricia sus cabellos)

SELENE: Te me largas de aquí, desgraciado, ó vas a saber quién soy yo.

MARINERO 1 Y 2: Tú tienes la culpa, Rojas. Mira no más a qué pulguero me traes, con estas pinches viejas, estas pinches putas tristes.



(Al oír esto, Aurora se lleva la mano al pecho, corre con determinación a su cuarto, saca papel para cartas, se sienta en una mesa y escribe furiosamente)

HORTENSIA: *(Golpeando al Marinero 1 con su abanico)* ¡Más respeto, joven: no somos iguales!

SALOME: ¿Pero quién te crees que eres, pendejo?

YADIRA: ¿Cuándo te he cobrado, cabrón, para que me putees?

ROJAS: ¡Cálmate, Betancourt, cálmala o me voy a encabronar contigo!

BETANCOURT: ¡Ya que me importa! No más bajamos a tierra y te has alejado. Yo he querido estar contigo, pero me cortas. Ya se te olvidó cómo era en alta mar.

ROJAS: ¡Cállate pendejo!

BETANCOURT: ¡No me callo! Aquí con estas gatas serás muy hombre pero allá...!

ROJAS: *(Golpeándolo)* ¡Que te calles, con un carajo!

BETANCOURT: *(Respondiendo a golpes)* ¡No me callo! ¿Para qué me buscas, para qué me sonsacas, si cuando llegamos a puerto te olvidas de lo que prometiste, Jijo de la gran puta?

(Le lanza unos golpes a la cara. Detiene el último en una torpe caricia desesperada)

SELENE: ¡Váyanse, pero ya!

(Los dos se abrazan y salen discutiendo amorosamente)

HORTENSIA: Ay, manas. Esto ya se nos saló...

SALOME: *(Muy amartelada del marinero)* A mí no. ¿Verdad tú?

MARINERO 3: Claro que no. Estoy para servirle.

YADIRA: Ha de ser como esos dos...

MARINERO 3: ¿Qué pasó?

SALOME: *(Metiendo mano)* No. Este sí es cumplidor.

MARINERO 3: ¡Otras cervezas!

GLAFIRA: ¿Igual?

MARINERO 3: Igual, seño.

SALOME: ¿Y como te llamas?

MARINERO 3: Ulises.

(Las tres echan a reír)

HORTENSIA: ¡Este no tiene cera en los oídos!

ULISES: *(Amoscado)* ¡Claro que no! ¡Soy limpio y me baño!

SALOME: *(Riendo más)* No nos reímos de ti. Es un chiste.

YADIRA: *(Riendo)* Entre nosotras.

SALOME: No te fijas. Y a verás que no somos malas *(lo besa)*.

MARINERO 3: Cómo malas: ¡Muy buenas! *(a Glafira)* ¡Otras chelas!

GLAFIRA: Enseguida. Y tú, Cantor, vente a alegrar un poco este congal. ¡Avientate una que nos sepamos todos!

(El Cantor rasga la guitarra. Se acerca muy profesional y empieza a cantar el corrido del marinero. Luego se le unen todos. Entra el diputado, ya un poco tomado, muy conciente de su autoridad.)

Selene lo detecta y va a recibirlo a gritos. Las muchachas dejan de cantar y lo ven como hipnotizadas: paga muy bien, y sonríen con esperanza.

El cantor, al ver que no le prestan atención, se va callando poco a poco.)

SELENE: ¡Diputado! ¡Dichosos los ojos, diputado! ¿Dónde se nos había perdido? Es usted un ingrato: tenernos abandonadas tanto tiempo... ¡Glafira! Una de coñac para el Diputado.

DIPUTADO: *(Riendo)* Coñac de a deveras, no me vayas a dar el matarratas de la casa.

Selene lo lleva a una mesa, a la derecha y se pone a platicar con él animadamente. Por costumbre, y no porque quiera o pueda algo en especial, enseña pierna y escote.

SALOME: *(Modosa)* Ulises, suéltame un momentito que tengo que ir a polvearme. No me tardo.

(Se levanta y se va)

HORTENSIA: *(Aprovechando la ausencia de su amiga)* ¡Que raro! No más llegó el Diputado y la dieron ganas de ir al baño... *(Se le pega al marinero y lo restriega, él comprendiendo, se deja hacer)*

GLAFIRA: Aquí tiene, Diputado.

DIPUTADO: Gracias

SALOME: ¡Ay, qué sorpresa! ¿A qué horas llegó?

SELENE: Estabas tan amartelada con tu marinero que ni cuenta te diste.

SALOME: *(Al Diputado)* Usted sabe cómo es el negocio. Se hace por necesidad y no por gusto. Si por gusto fuera, yo me quedaria aquí...

SELENE: *(Antes de que el Diputado pueda intervenir)* Pero te vas a ir, porque te tengo para que trabajes, no para que te des gusto. andale atiende a tu chango.

(Salomé se retira enfurruñada)



Aurora terminó de escribir, metió la carta en un sobre sin cerrarlo y se levanta en ese instante. El Diputado la ve fascinado mientras ella va a su cuarto y se encierra.

DIPUTADO: ¿Qué bárbara? ¿Quién es? ¿Es nueva?

SELENE: Ay, cómo cree. Es mi hija Aurora. No la conocía usted porque estaba con las monjas, pero la dejaron salir para carnaval.

DIPUTADO: Qué egoísta eres, Selene. Un tesoro así, hay que lucirlo...

SELENE: No. Porque luego se antoja...

DIPUTADO: No puede estar guardado toda la vida, y ya está en edad de recibir todo o mejor...

SELENE: Siempre que realmente sea lo mejor. Comprenderá usted que una alhaja así no es para cualquiera...

DIPUTADO: Pero sí para un conocedor. Alguien que sepa apreciar. Y responder... Dbería venir a acompañarnos...

SELENE: Tratándose de usted, no tendremos inconveniente... ¿Aurora?

GLAFIRA: Fue a su cuarto.

SELENE: Voy por ella.

(Se encamina al cuarto)

CANTOR: ¡Parece que escucharon sus oraciones, Doña Selene!

(Esta lo ignora, muy molesta).

SELENE: ¡Aurora! ¡Aurora! *(Golpea la puerta. Sale su hija, turbada).*

SELENE: Te voy a presentar a un amigo excelente.

AURORA: Ya me iba a dormir...

SELENE: Qué dormir ni qué nada. Un amigo así no se conoce todos los días. Tú vienes acá. *(La toma de la mano y la jala.)*

ULISES: *(A Salomé)* Entonces ¿qué? ¿nos vamos?

SALOME: *(Resignada)* Pues sí. Vámonos. Glafira, ¿cuánto te debe el joven?

ULISES: ¿Creías que me iba a ir sin pagar? Yo no soy así. Mira. *(Le enseña la cartera, llena de billetes)* Y eso que no soy Diputado...

HORTENSIA: ¡Uy, qué cara tan bonita!

YADIRA: Sí. Lástima que no trajiste más amigos.

ULISES: *(Pagando)* Hoy cobramos. Ahí les dejo a éste. *(Sacude al borracho)* A ver si quedas bien. *(A Salomé)* Vente, vámonos. *(Salen).*

HORTENSIA: *(A Yadira)* Bueno, tú. Vamos a despertarlo.

YADIRA: Hey, tú. Ya amaneció.

HORTENSIA: *(Batiendo alas y estirando el pescuezo)* ¡Kikiriki! *(rien)*

SELENE: *(Tras arreglar y retocar y aconsejar a Aurora):* Diputado, ésta es Aurora. *(Con un suspiro)* Así era yo de joven...

AURORA: Buenas noches, señor.

DIPUTADO: Buenas noches. Pero dime Teodoro. Así me dicen mis amigos.

AURORA: Yo todavía no lo soy, señor.

SELENE: *(Furiosa)* ¿Qué te cuesta ser amable? No te des aires de grandeza.

DIPUTADO: Déjanos solos, ¿quieres?

(Selene se retira molesta y sube a su cuarto)

DIPUTADO: Yo sabré ganarme tu amistad, créeme. *(Se sirve)* ¿Me acompañas?

AURORA: Gracias, no tomo.

DIPUTADO: *(Sirviéndose)* Me parece bien. Pero puedes tener tu copa, mojarte los labios... No quiero que te emborraches. No conviene. *(Ríe malicioso).*

(Aurora se moja los labios con una sonrisa forzada).

AURORA: *(Zalamera)* Teodoro, permítame un momentito. Tengo que polvearme tantito. No me tardo.

(Se dirige a la barra. Teodoro se siente feliz de que lo llamen por su nombre)

YADIRA: *(A Hortensia)* Este ya está fumigado. Por más que trato...

HORTENSIA: Mejor vamos a revisarlo. Ha de traer la cartera llena. *(Así lo hacen).*

AURORA: Glafira, toma esta carta. Es para mi mamá. Yo ya me voy de aquí y si Dios quiere, para siempre.

GLAFIRA: Pero no, criatura, no puedes irte. Eso es huir. Huyendo no se arregla nada.

AURORA: Poco me importa. Ya tengo las maletas listas. Mándale otra botella al Cacique Gordo, para que no moleste.

(Entra un grupo de disfrazados encabezados por un hombre vestido de mujer con vestido largo y con globos debajo de las chichis y en las nalgas, la cara la lleva pintada de blanco y trae peluca güera de estambre. Lo siguen tres músicos con bongó, tumbas y otras percusiones, más una mezcla de disfrazados de donde sobresalen: un diablo, una "Odalisca" (Gordo bigotón) y un fraile dominico. Tocan y cantan: El carnaval, llegó, llegó...

Al oír el escándalo Selene se asoma desde su cuarto y corre a hacerse un turbante con una toalla y a modo de manto se echa la colcha. Se cuelga collares, pulsera y anillos. El Diputado grita ¿cerveza para todos?

La vestida saca a bailar al diputado que primero se chivea y luego le entra al desmadre. El diablo corre a amenazar a Hortensia y a Yadira con el trinche, queriéndoles pinchar las nalgas o las chichis.

Estas temen que las hayan visto desvalijar al marinero pero no. Nadien se dio cuenta y relajan aliviadas. La "odalisca" baila con el marinero borracho como lo haría con un títere, mientras Aurora ha desaparecido en su cuarto, a través de cuya puerta entreabierta vemos un desorden de ropa, zapatos, revistas que ella revisa rápidamente y con decisión. Baja Selene, ebria, gritando: ¡Paso a la reina! ¡Paso a Selene Primera! Glafira, que ha estado muy atareada corre

hacia ella y le lleva el manto. Todos le siguen el juego y gritan: ¡Viva la reina! Glafira le levanta las faldas, el diputado la sube a la barra y baila con ella. En eso sale Aurora muy decidida con sus maletas en la mano.

(El diálogo que sigue no se escuchará bien por el ruido del jolgorio. Así debe ser: más apoyado por la intención que por la inteligibilidad del texto)

SELENE: ¿Adónde crees que vas?

AURORA: A donde se me da la gana.

GLAFIRA: No seas tonta. Déjalo de mi parte. Siempre te he aconsejado bien. Sígueme la corriente y te prometo que no te arrepentirás.

SELENE: Hazte pendeja. ¿Qué quieren decir estas maletas?

AURORA: Que me disfracé de viajera.

SELENE: Pues te me quitas el disfraz, pero ya.

AURORA: *(Enojada, va a responder pero).*

GLAFIRA: No sabes lo que haces. Confía en mí.

DIPUTADO: ¿Quieres que te lleve a algún lado?

(Aurora no contesta y regresa a su cuarto)

SELENE: Glafira, ve por ella. No va a tener al diputado esperando y de mientras, tú bailas conmigo. *(Jala al diputado y se le restriega pero sólo alcanzan a bailar unos compases cuando termina la música).*

LA VESTIDA DE GLOBOS: *(Con voz masculina)* ¡Damas y caballeros! Este ha sido un ejemplo del jolgorio, la música y la fantasía de este puerto hospitalario. Si ha sido de su agrado, colaboren con un donativo, adecuado a sus bolsillos, para la campaña de la candidata a reina del carnaval del año próximo.

(Diciendo esto saca de sus ropas un bote que hace sonar entre la concurrencia).

DIPUTADO: *(Dando su aportación)*

Bueno, ¿y quién es la candidata?

LA VESTIDA DE GLOBOS: *(Enjota)*
¡Una servidora!

(El diputado y Selene celebran ad libitum la concurrencia mientras la comparsa va saliendo. La "odalisca", ayudado por el diablo, arrastran al marinero borracho).

HORTENSIA: ¿Viste, mana? Se nos fué con éstos.

YADIRA: Pero tenemos lo principal.

HORTENSIA: ¡Dame mi mitad!

YADIRA: ¡Uy, qué avorazada! *(Cuenta bajo la mesa)* Está bien. Aquí tienes. Aunque no sé para que te doy: luego lo gastas a lo tonto.

HORTENSIA: Hoy lo voy a gastar en grande. ¡Cantor! toma. Diles en la fonda de a la vuelta que me manden una sopa de pescado, unas enfrijoladas de longaniza, medio pollo frito con ensalada, arroz y plátanos fritos.

CANTOR: Y para mí ¿qué?, ¿ni una torta?

HORTENSIA. Claro, Cantor: una doble, compuesta. ¡Ya que me quedé sin hombre, al menos que se me quite el hambre!

(Aurora sale seguida de Glafira. Ha cambiado su actitud. Hace un guiño a aquella y luego se dirige al diputado con gran sonrisa. Se ha soltado el pelo).

AURORA: ¿A dónde me querían llevar, Teodoro?

TEODORO: Por lo pronto a mi mesa. A deleitarme con tu presencia.

AURORA: Yo encantada *(le da el brazo con regio ademán)*.

SELENE: ¡Bendito sea Dios! Ya era hora de que esta niña se pusiera sensata.

GLAFIRA: ¿Ya ves? Un poquito de dulzura, eso es todo. Con gritos no se logra nada.

TEODORO: ¿Sabes que cuando sonríes eres más bonita?

AURORA: Gracias. Sí, ya me lo han dicho.

TEODORO: ¿Quién? Ah, claro. Algún chamaco de la ciudad.

AURORA: Mírame. Soy un hombre de 26 años, 1,80 de altura, con una espalda así de ancha y una cintura así de fina... *(Hurgando en su bolsa)* Mira, aquí tienes su foto.

TEODORO: Ah, ¿Por que me cuentas esto?

AURORA: Para que me conozcas.

TEODORO: O sea que ya no eres virgen

AURORA: Sí, si soy. Nos conocimos un día antes de que se embarcara. No tuvimos tiempo. Tal vez, no quise.

TEODORO: *(Echándose un largo tragó)* Yo no soy un adonis. Bueno, ya tu me ves. Pero dejo satisfechas a las mujeres. Muchos hay que muy grandes y a la hora de la hora...

AURORA: Te hablo de Jorge para que no te hagas ilusiones...

TEODORO: Y tengo dinero. Y poder. Y te puedo dar una vida que no te imaginas ni en sueños.

AURORA: Quiero que entiendas que si me interesara eso, hace mucho que lo habría conseguido. *(Señalando la foto)* No. Lo que me importa es esto, este corazón, estos sentimientos. Y él está lejos y me muero porque esté aquí.

TEODORO: Pues no está, ni estará nunca. ¿Sabes cuántas mujeres ha tenido desde que te conoció? Miles. Tú quisieras ser la única, pero con esta cara y este cuerpo esta cabrón tendrás miles.

AURORA: Y contigo no corro ese riesgo ¿es lo que tratas de decirme?

TEODORO: Riéte si quieres, pero él no está. Y tú aquí, tan solita, suspirando y triste.

AURORA: Solita no, por desgracia...

TEODORO: ¿No te agrada mi compañía?

AURORA: Sinceramente, no. Estoy aquí para no tener problemas con mi madre, porque quisiera irme de aquí y no se va a dónde...

TEODORO: Vente conmigo, a dónde tú quieras.

(Glafigra asiente y juntas se retiran a la barra)

YADIRA: *(Borracha y adormilada se levanta y recita con ademanes exagerados y sonámbulo)*

Que ya acabó mi papel
me dice una triste voz,
que me ha dejado al oír la
sin discurso ni razón.

Pues se acabó el papel, quiero
entrarme, mas ¿dónde voy?

Porque a la primera puerta,
donde mi cuna se vio,
no puedo, ¡ay de mí! no puedo
retroceder ¡Qué rigor!

¡No poder hacia la cuna
dar un paso... ¡Todos son
hacia el sepulcro... ¡Que el río
que brazo de mar, huyo,
vuelva a ser mar; que la fuente
que salió del río ¡qué horror!
vuelva a ser río; el arroyo
que de la fuente corrió
vuelva a ser fuente; y el hombre
que de su centro salió,

vuelva a ser centro, o no ser
lo que fue... ¡Qué confusión!
Se suelta a llorar.

¡Yo quería ser actriz! y mirenme
dónde estoy.

(Está a punto de caer. El cantor la pesca, ella se libera.)

¡Otra copa!

(El cantor se niega pero se oye algo como un disparo. Teodoro ya está a punto de quedar noqueado, pero aun balbucea ¡te amo! Aurora está tensa. Parece idolo. Selene y Glafigra corren a la puerta. El cantor deja de acariciar a

YADIRA: *(Entredientes)* Han de haber
matado a una pinche puta.

(Gran silencio.)

SELENE: No se ve nada.

GLAFIRA: Ni un alma.

SELENE: Qué nos ocupamos. Ya ma-
ñana saldrá en los periódicos.

CANTOR: Si sale...

GLAFIRA: Sí. Si sale...

YADIRA: ¡Otra!

CANTOR: Pues sí. ¿Por qué no? Aun-
que luego ni te sabe a nada. Yo me
esfuerzo y Tú... Pero con ustedes
nunca se sabe. Luego las agarra uno
concientes, en sus cinco sentidos y
es igual que si estuvieran pedas...
(Glafigra, le pasa una cerveza) sa-
lud, pues. Por los muy breves mo-
mentos de placer. Pero ¿qué más
podemos aspirar los que nos da por
cantar y emborracharnos con las
putas... ¡Salud!

*(Se oyen pasos. Luego, entra el joven
cargando una maleta pequeña de hue-
na clase y un gran saco de lona con
ropa sucia. Ve en torno.)*

JOVEN: ¿Hay teléfono?

*(Todos lo ven como a un marciano.
Viste shorts de corredor, camiseta de
tirantes, gorra de beisbolista, tenis,
calcetas y medias. Camisa lisa de corte
militar, desabrochada y arremangada.
Es muy atra... Él trae la barba
crecida, el pelo revuelto y los ojos
enrojecidos.)*

JOVEN: Me urge hablar por teléfono.

GLAFIRA: *(Acercándose)* Sí. Aquí está. Venga.

JOVEN: ¡Directorio! Necesito directorio. ¡Una vulcanizadora!

(Aurora no deja de mirarlo, ni él a ella. Se dirige a la joven sin decir nada. Se detiene. Luego sin verla, pero hablándole a ella.)

JOVEN: Se me ponchó una llanta. Salí a las seis de la mañana. Ya casi van a ser veinticuatro horas, no he parado. Y tengo que llegar.

SELENE: *(Desconfiada)* ¿A dónde?

JOVEN: Con mi padre. *(Gran sonrisa: anticipa encantado la sorpresa)* No lo sabe, pero tengo que llegar.

(Todos sonríen de pronto: parece un chiste. De pronto, todos se sienten a sus anchas el joven se sienta cansado a la mesa de Aurora. Luego, viendo a Teodoro).

JOVEN: Perdón, ¿no interrumpo a la... Señora?

AURORA: *(Cohibida)* No me gusta el título, además, siempre hasido simplemente Aurora. Señorita.

JOVEN: *(Encantado)* ¿No es casada? *(señala a Teodoro).*

AURORA: Ni casada ni nada.

JOVEN: ¡Qué bien!

SELENE: *(Dándose cuenta de la situación)* ¿Viene usted en coche?

JOVEN: Sí, en ese guinda que está en la esquina.

GLAFIRA: *(Desde el portón)* ¡Está muy sucio!

JOVEN: *(Sonriendo)* Pues sí. Es que lo he traquetado mucho. Pero jala bien.

SELENE: ¡Muy grandote! Parece lancha.

JOVEN: Sí. Es demasiado para mí.

YADIRA: ¿Cómo es su padre? Yo no conozco al mío.

JOVEN: Ya es muy grande. Pero muy fuerte. Ranchero: ganado, caballos. Esas cosas.

SELENE: ¿Ganado lechero?

JOVEN: De doble propósito: carne y leche.

YADIRA: *(Rompiendo a llorar)* Yo no conocí a mi padre. Mi madre me abandonó. Me recogieron unos parientes. Ya ya saben: me trataban mal; que por ser hija del pecado... Me escapé, vagué por las calles. Terminé, pues como ven. Y éste es mi hogar *(la idea la deprime)*. Esta es mi familia...

SELENE: No sé para qué quieres conocer a tu padre. Todos son iguales. El mío, óyelo, el mío me violó a los trece años. Qué se puede esperar de la vida después de eso.

HORTENSIA: *(Acabando de comer.)* Siquiera algo gozó. El mío no más me daba de cuerazos y me mataba de hambre.

CANTOR: Pues el mío murió hace un año. Ni siquiera lo lloré.

AURORA: ¿Y hasta donde vas?

JOVEN: Al norte. Por Pánuco. Si encuentro modo de componer la llanta.

GLAFIRA: Es un viaje muy largo.

JOVEN: ¡Más largos he hecho! (*a Aurora*) Ya vengo de regreso. He vivido todo. Demasiado. Estoy cansado. Quiero volver al rancho, volver a la tierra, al cielo que conozco, a estar quieto para después seguir adelante.

CANTOR: No va a encontrar vulcanizadora. Ya es tarde.

SELENE: Más bien temprano.

GLAFIRA: Y es carnaval. ¿Quién le va a arreglar la llanta?

HORTENSIA: Si lo que necesita es una llanta ¡aquí tengo muchas! (*todos rien*).

CANTOR: ¡Ya sé! ¡Vamos a quitarle una al coche del Diputado y se la ponemos al suyo!

AURORA: (*Aplaudiendo*) Excelente idea.

JOVEN: ¿Pero cómo va a ser... y él, qué?

SELENE: El es como de la casa. Y además, le gustan las bromas.

GLAFIRA: Y así, tiene pretexto para quedarse a dormir aquí.

HORTENSIA: ¡Bravo!

SELENE: Ni te apuntes. Tú ya te atascaste.

GLAFIRA: Te puede dar un torzón.

YADIRA: Eso es lo que quiere. (*Rien*).

CANTOR: ¡Manos a la obra!

JOVEN: Voy a sacar las herramientas.

HORTENSIA: Yo los ayudo: nunca he sido mecánica.

YADIRA: Yo quería ser actriz... Ni modo. Seré mecánica.

CANTOR: ¿Y qué tiene que ver?

YADIRA: Pues nada, tonto. Nada (*salen los hombres. El joven voltea a ver a Aurora. Pausa*).

AURORA: Mamá, óyeme. Me chocan las despedidas. Pero me voy.

SELENE: ¿Con ése?

AURORA: Bastante mejor que Teodoro. Y que un marinero inexistente. Me voy. En este momento no te quiero. Trato de entenderte. Más adelante no sé...

(*La besa timidamente en la frente. No sabe si Selene la va a rechazar*).

AURORA: Voy por mis cosas (*Sale de su cuarto*).

SELENE: Glafira, apriétame la mano, fuerte (*la otra lo hace*.) Así. (*Pausa*) No voy a llorar (*llora*) no es por ella. Es que se me va el pretexto para seguir viviendo.

YADIRA: ¿Y nosotras qué? No somos de su sangre, pero aquí estamos.

HORTENSIA: ¿Cree que la vamos a dejar sola? (*lloran*).

SELENE: Buenas estamos. Bola de putas lloronas. (*Las abraza*).

GLAFIRA: Y si se trata de seguir viviendo, aquí tienes a Teodoro. Bien vale la pena esquilmarlo.

SELENE: Pues sí, ya es para lo único que sirve... (*Le pica la panza con la puta del zapato*).

TEODORO: ¡Te amo! ¡Te amo!

SELENE: (*Burlona*) Yo también.

TEODORO: ¡Aurora! ¡Aurora!

SELENE: (*Burlona*) ¡Marlon, Marlon!

(*Sale Aurora de su cuarto. Trae dos maletas*).

AURORA: No sé. Quería llevarme mis

cosas pero... no creo que me hagan falta: *(A Hortensia y a Yadira)* Quédense ustedes con la ropa. Alguna les servirá.

YADIRA: *(Feliz)* Aunque no sé. Tú siempre te vestes tan decente...

HORTENSIA: Y con muy buen gusto. Gracias.

AURORA: A ti te dejo mis monos de peluche.

GLAFIRA: Claro, como ya te conseguiste uno de carne y hueso... Dios te bendiga *(la besa)* Te voy a extrañar. Oye, otra carta...

AURORA: ¡No! Ya no quiero cartas.

SELENE: ¿Así que tú eras...? ¡Desgraciada, perra, mala amiga!

AURORA: Ni te enojés. Ya no vale la pena.

GLAFIRA: Si no he sido yo, hubiera sido la vida misma.

AURORA: Te dejo a Teodoro. En realidad, lo querías para tí...

SELENE: Mientras no despierte...

(Entran el Cantor y el Joven, Chama-gosos y sudorosos).

CANTOR: ¡Ya estuvo!

JOVEN: *(Incómodo)* Ahora sí, al norte *(No sabe qué decirle a Aurora).*

AURORA: *(Tímida)* ¿Nos vamos?

JOVEN: *(Sorprendido, luego feliz.)* ¿Conmigo?... Claro, nunca me atreví a... Por supuesto, vamos. *(En voz baja, a Aurora)* ¿Hay que pedirle permiso a alguien, o algo?

AURORA: *(Feliz, negando)* ¡Vamos!

(El cantor abre la otra hoja del portón.

Entran los primeros rayos del nuevo día. Canta un gallo. Los enamorados se detienen. Aurora da un paso hacia su madre, que le tiende los brazos. El Joven un paso hacia la puerta. Regresan. Se ven. Aurora toma sus cosas: no más un bolso y un neceser.)

AURORA: ¡Al Norte!

JOVEN: ¡Al norte! *(Salen.)*

TEODORO: ¡Aurora!

SELENE: Vámonos nosotros también.

Al catre. A que te cuide la borrachera. *(Lo incorpora)* *(Pausa.)*

GLAFIRA: Y yo a hacer las cuentas. *(Pausa.)*

HORTENSIA: Yo creo que yo voy a vomitar... *(Sale al baño.)*

CANTOR: ¿Entonces qué, mi reina?

¿También nosotros nos pintamos?

YADIRA: ¡Otra!

GLAFIRA: ¡Este changarro ya se cerró!

YADIRA: Ni falta que hace. *(Al Cantor)* Y no estoy peda. Y sí siento. Pero eso, lo debes descubrir tú... *(Salen.)*

(Selene arrastra al Diputado. Desde media escalera, a Glafira).

SELENE: Glafira ¿qué decía la última carta del marinero?

GLAFIRA: No lo sé. ¿Quieres que la abra?

SELENE: No. Tírala. Qué importa. *(Desaparece en la penumbra de su cuarto. Glafira arruga la carta y la tira.)*

(Se oye la voz ebria del Diputado: ¡Te amo! y la de Selene ¡Si, si! ¡Duérmete! pero muy quedito. Glafira se queda haciendo cuentas, o fingiendo hacerlo. Entra el marinero).

MARINERO: Adorada Aurora, esta es la última carta que te escribo y te lo digo aunque me duela mucho, puedes creerme. Yo solo podría darte una ilusión de esas que empiezan en tecnicolor y terminan como postales viejas. Ando de puerto en puerto huyendo de mí, sin encontrar nada y tú has sido todo este tiempo un leño de salvación al que me he afeerrado desesperadamente

Y si ahora te lo digo no es por sinceridad o altruismo: es porque sé que nada puede salvarme de este naufragio constante en el que vivo. Mereces lo mejor: la felicidad, el amor... Yo no puedo dártelos. No puedo dármelos siquiera... No me juzgues mal. Perdóname. Y cuando encuentres tu sitio, piensa en mí. Te amo, a pesar de todo. A pesar de mí.

Una vez mas, se oye el tumbo del mar. Luego, triunfante, el canto del gallo. Entra la luz.

TELON.

